

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista Literaria*, por D. A. F. Grilo.—*Los apellidos españoles* (conclusion), por D. Antonio de Trueba.—*En las márgenes del Guadalquivir* (poesía), por D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.—*La Hermosura del alma* (continuacion), por D.^a Micaela de Silva.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—**LÁMINA:** *Figurin*, núm. 816, bis.

REVISTA LITERARIA.



O hay nada tan inconstante, nada tan caprichoso ni tan voluble como esa voladora ninfa de la casualidad, que se llama *Fortuna*.

El Régio coliseo tuvo desgraciadamente una época al inaugurarse la temporada de este año, en que cada funcion se contaba por una derrota, y la presentacion de cada artista por una silba pertinaz. La fortuna se cansó por fin, y el panorama cambió completamente. La aparicion de Tamberlik y de otros eminentes artistas acalló los rumores de los diletanti descontentadizos; la cólera se convirtió en entusiasmo, la indiferencia en frenesí, las silbas en aplausos. El teatro Real ha contado por triunfos sus funciones al espirar la temporada. *El Trovador* se ha cantado como quizá no volverá á cantarse nunca, y la última funcion verificada hace pocas noches á beneficio de la Sociedad Artística-musical, y que podemos llamar funcion de despedida, ha sido un verdadero acontecimiento en el mundo del arte y de la inspiracion. Todos los que en ella tomaron parte han hallado por recompensa de su indisputable mérito multitud de ramos de flores, de esas inocentes mensajeras de la admiracion, que tanto dicen al alma de los verdaderos artistas. Aquel sublime jardin de la armonía fué cubierto en un instante por una pintoresca lluvia de flores y de laureles.

Pero no os figureis, lectoras mías, que las flores nacen únicamente al aliento de la Primavera en la verde cuna de los prados; no os figureis que solo las brisas y las alboradas de Abril pueden hacer

brotar en los movibles mares de la yerba rizada esas perlas de colores que se llaman lirios y rosas. Existe otro jardin en la inteligencia del hombre, que produce flores bellísimas, que encierran el perfume del alma, y que son las mas á propósito para ofrecerlas, salpicadas con el sagrado rocío del sentimiento en el altar del genio. Estas flores reunidas toman el nombre de *Corona Poética*, como la que acaban de regalar á Tamberlik algunos de nuestros vates mas distinguidos.

Hay en ellas algunas composiciones lindísimas. Entre ellas figura la siguiente, que copiamos para que nuestras lectoras puedan tener una muestra de los pensamientos que contiene este libro:

Yo tu canto escuché, y el alma mia
A otros mundos volaba
En alas de mi ardiente fantasía
Cuando tu voz dulcísima escuchaba.
Yo te escuché con delirante anhelo,
Y en mi entusiasmo férvido y profundo
Dudaba siempre al contemplar tu vuelo,
Si eras el ángel que bajaba al mundo,
Ó eras el hombre que se alzaba al cielo.

Aquí teneis recopilada la corona literaria en obsequio de Tamberlik.

Ya que nos ocupamos de poesías, creemos oportuno dar unas cuantas vueltas alrededor de algunos libros y de algunas composiciones que llaman en la actualidad la atencion del mundo literario.

Rafael Serrano Alcázar, ese poeta tan jóven como modesto, tan inspirado como elegante; ese poe-

ta, á quien vosotras, mis queridas lectoras, tanto conocéis, ha publicado una preciosa coleccion de sus poesías. Muy poco nos ocuparemos de esta nueva joya del Parnaso español. Serrano Alcázar dice en el prólogo de su obra, que se presenta al público sin padrino, y nosotros valemus muy poco para *apadrinarle*. Nadie le ha presentado, y sin embargo, el nombre del poeta resuena por todas partes; el libro se busca con entusiasmo; á mas de una encantadora mujer hemos oído recitar de memoria sus brillantes versos, tan valientes como sonoros.

Sus poesías, bajo una forma deslumbradora y enérgica, encierran pensamientos profundos de primer orden. ¿Pero á qué tratamos de decir lo que son sus poesías á los ojos de las lectoras de EL CORREO. Nuestras lectoras han saboreado ya muchas de ellas, y por consiguiente nos limitaremos hoy á llamarles la atención acerca de el anuncio de este libro, que verán en la cubierta de nuestro periódico.

Otra coleccion poética se ha dado á luz en la seductora Sevilla. La Primavera parece que hace brotar además de las flores del campo, las flores del entendimiento. El señor D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, que perfuma sus delicadas poesías con el aroma sagrado de la Religión; que canta las dulzuras del hogar; el recuerdo de las mas bellas y gloriosas tradiciones; y por último, ese sentimiento noble y dulcísimo que se llama amor á la patria, ha hecho un gran servicio á las letras españolas con su reciente publicacion, destinada solo á repartirla entre sus amigos. En este número hallarán nuestras lectoras una sentida poesía, no la mas bella, entre las bellísimas que contiene el libro, sino una de las mas á propósito para las páginas del CORREO.

Ya que por esta feliz casualidad; ya que gracias á este distinguido poeta nos encontramos en Sevilla, no penetremos en Madrid sin echar una rápida ojeada sobre los últimos Juegos florales de Córdoba; sobre esas lides del talento, en las cuales acaba de salir premiado en primer lugar uno de nuestros apreciables colaboradores, el notable poeta señor D. An-

tonio Alcalde Valladares. El asunto de su composicion es *La Romería de San Alvaro*, que tiene lugar en Córdoba todos los años entre la bulliciosa alegría de aquel pueblo admirable, idólatra fiel de sus tradiciones y de sus costumbres. El espíritu literario que predomina en los privilegiados hijos de aquella hermosa ciudad, hace que sus Juegos florales sean siempre brillantísimos. Pocos pueblos cuentan entre sus hijos con poetas tan eminentes como los que han salido de Córdoba.

¡Bien merece el primer premio la excelente poesía del señor Alcalde Valladares! Escuchad como concluye, despues de pintar el desórden y la algazara de la fiesta:

Por eso mi pobre canto
Es un alma que suspira
Entre contento y quebranto;
Es el eco de una lira
Templada al placer y al llanto.

Felicitemos al afortunado poeta andaluz, que cuantas veces ha escrito para estos certámenes literarios, ha sabido conquistar siempre los primeros premios.

Volvamos á Madrid; demos un paseo por la *Carrera de San Gerónimo*, y en el escaparate de Durán tropezaremos con el anuncio de una nueva obra que ha publicado el distinguido literato D. Pedro Antonio de Alarcon. Esta obra puede decirse que ya ha sido juzgada por capítulos. Aquí cada capítulo es una novela. ¿Quién no ha leído mil veces las novelas de Alarcon? Estas novelas eran flores esparcidas en diferentes libros; el autor las ha recogido y ha formado con ellas un ramillete, publicándolas en un elegante tomo. Es una obra que cuesta poco, y que debe comprarse.

Con razon dijimos mas arriba:

La Primavera parece que hace brotar además de las flores del campo las flores del entendimiento.

A. F. GRILLO.

LITERATURA.

LOS APELLIDOS ESPAÑOLES.

(CONCLUSION.)

IV.

En algunos países las mujeres cuando se casan dejan el apellido paterno para tomar el del marido, cosa que no su-

cede, á Dios gracias en España. Lo que aquí se va generalizando es poner primero el apellido paterno y luego el del marido, precedido de la partícula *de*. Esta partícula así usada me parece un disparate, porque la preposicion *de* en los apellidos espresa procedencia, y la mujer no precede del marido. ¿Se la emplea para espresar pertenencia como la emplean los esclavos en América al usar el apellido de sus

amos? No puede ser de otro modo; pero aun así lo repruebo, porque la mujer cristiana es compañera y no sierva del marido. Enhorabuena que la mujer casada use el apellido del marido después del paterno; pero úsele sin la preposición, que repito denota en los apellidos españoles procedencia y no pertenencia, y así á la par que evitará un solecismo, evitará el cometer otro omitiendo la preposición del apellido paterno, cuando la tiene, por no incurrir en la disonancia que resulta de dos preposiciones inmediatas. Yo conozco una señora que cuando soltera firmaba Inés de Mendoza, y hoy usando el apellido de su esposo tras el paterno, firma Inés Mendoza de Lopez. ¿No sería mas lógico que esta buena señora firmase Inés de Mendoza Lopez, y así no incurriría en dos disparates, que tales son el suprimir la preposición al apellido solariego Mendoza, que la necesita, y ponérsela al apellido patronímico Lopez, que no la admite?

De algun tiempo á esta parte se ha generalizado el uso del apellido materno tras el paterno, bien precedido de la conjunción *y*, ó bien sin conjunción ni preposición alguna. Esta costumbre me parece muy laudable, no solo porque con ella se espresa la familia materna y se evitan las confusiones que resultan de los homónimos, sino porque obedecemos á un sentimiento justo y tierno, asociando al apellido de nuestro padre el de nuestra madre.

A algunas gentes del pueblo he oído sostener que á los varones pertenece el apellido paterno, y á las hembras el materno, y que si así no es, debiera serlo. Este es un error. El padre comunica su apellido lo mismo á las hijas que á los hijos, y esta regla lejos de ser arbitraria, está basada en principios de conveniencia y justicia, que se reconocen hasta en la Sagrada Escritura. «No fué criado el varon, dice San Pablo, por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varon.»

Los niños expósitos cuyos padres no reconocen, carecen de apellidos; pero la caridad cristiana, que guiada por el sentimiento religioso, es delicada y previsora, ha hallado el medio de evitar á aquellos infelices la vergüenza de pregonar con su nombre la desnaturalización de sus padres, y este medio consiste en darles por apellido el nombre de un santo. Hay quienes creen, fundados en esto, que todos los apellidos que constan del nombre de un santo, fueron llevados por primera vez por expósitos. Este es un error muy craso, pues muchos de estos apellidos son solariegos. En España, como en otros países, abundan las poblaciones que tienen por nombre el de un Santo, y de estas poblaciones proceden por lo comun las familias que llevan los apellidos de San Martin, San Juan, Santa María, San Vicente, Santiago, San Ginés, Santa Cruz, etc.

La subdivision que he hecho de los apellidos españoles en solariegos, patronímicos y personales, no puede, en mi concepto rechazarse. Los apellidos que llamaré *irregulares*, pertenecen á una ú otra de estas tres clasificaciones. Hay, por ejemplo, algunos que parecen nombres de bautismo como los de García (que fué nombre de bautismo), Martin, Isidro, etc., y sin embargo, estos se deben considerar apellidos patronímicos, porque en su origen equivalieron á hijo de García, hijo de Martin, hijo de Isidro, etc.

V.

Crée nuestro docto Larramendi que la terminacion *ez* de los patronímicos castellanos es puramente vascongada, de cuya lengua se tomó. *Ez* es la negacion vascongada, el no castellano, y así al llamar al hijo de Martin Martin-*ez*, se quiso decir: «no Martin, sino el que procede de Martin.» Aquí el *ez* equivale al *extra* ó *ex* latino.

Es muy extraño que habiendo reglas fijas, sencillas y al alcance de todos para saber si á los apellidos corresponde ó no la preposición *de*, se cometa con tanta frecuencia el error de omitirla los que la deben usar, ó usarla los que la deben omitir.

Tan absurdo es anteponer la partícula *de* á los apellidos patronímicos, y aun á los personales, como dejar de anteponerla á los solariegos.

En Vizcaya conozco tres sugetos que nos van á servir de ejemplo de lo que son las tres clases en que se dividen los apellidos, y de cómo se deben usar la preposición ó partícula *de*. Estos sugetos son D. José de Astuy, D. Julian Alcalde y D. Joaquin Fernandez.

Astuy es apellido solariego, que originariamente debió escribirse *Achtuy*, equivalente á hondonada peñascosa de la raíz *ach* (peña), y la terminacion *tui* ó *dui* que, segun Zamácola, indica profundidad. Así, pues, hacen perfectamente las personas que llevan el apellido *Astuy* en anteponerle la partícula *de* que indica su procedencia, como la anteposición *Martin* de *Astui*, que en representación de la república de Gática asistió en 1527 á la Junta general en que se presentó el fuero que acababa de confirmar el emperador Carlos V.

Alcalde es apellido personal, porque el primero que le llevó ejerció aquel cargo. Los que le llevan hacen bien en no usar la preposición *de*, aunque su uso no seria tan absurdo como usándola antes de los patronímicos: el *de* indica, como he dicho repetidamente, procedencia, y usado por los del apellido que me sirve de ejemplo, podría pasar como indicacion de que proceden de un Alcalde, si bien se ha convenido en usarla solo para la procedencia de localidad y no de personalidad; pero usado antes de un apellido patronímico, no seria admisible ni aun en este concepto, porque seria un embleonismo llevando, como ya llevan, los patronímicos la procedencia en su terminacion.

Fernandez es apellido patronímico, y significa hijo ó procedente de Fernando, como Perez de Pero, Ramirez de Ramiro, Iñiguez de Iñigo, Rodriguez de Rodrigo, etc. Estos apellidos no admiten la preposición, en primer lugar porque ya llevan en su terminacion su procedencia, y en segundo porque se ha convenido usarla solo en los solariegos, lo cual ha sancionado el uso. En mi concepto hubiera sido lógico dar á los apellidos personales la terminacion *ez* como á los patronímicos, en esta forma: Tutor-*ez*, Moren-*ez*, Brav-*ez*, Mayor-*ez*, etc.

En Francia se hizo en ciertos infelícisimos tiempos cuestion de aristocracia ó democracia el uso ú el no uso de la partícula *de* en los apellidos, pero en España esa cuestion es solo cuestion de sentido comun, de lógica, de gramática. Repito que tan absurdo es omitir la preposición *de* en

los apellidos solariegos como ponerla en los apellidos patronímicos. No há mucho tiempo un periódico democrático de Bilbao arguyó, con mucha razón, en este sentido con motivo de haberse acusado de contradicción á sus redactores porque blasonando de demócratas, anteponian el *de* á su apellido solariego.

El que, por ejemplo, tenga el apellido vascongado *Acha* ó el castellano *Peña*, que ambos significan una misma cosa, incurrirá en un solecismo firmándose Fulano *Acha* ó Fulano *Peña*, en lugar de firmarse Fulano de *Acha* ó Fulano de la *Peña*, porque ese individuo no es el objeto que expresa su apellido, como aparece serlo suprimiendo la preposición, sino que procede del objeto ó sitio que su apellido expresa, como conservando la preposición aparece. A un amigo mío, que se llama D. Juan de Castro, le preguntaron un día en mi presencia por qué usaba la partícula *de*, y contestó:

—Porque Castro es lo mismo que fortaleza, y yo no soy un hombre-fortaleza, sino un hombre que procede de ella.

Insisto en que es una vulgaridad suponer que la preposición *de* tiene pretensiones nobiliarias: no tiene tales pretensiones en España, y menos en las provincias vascongadas, donde la preposición generalmente indica procedencia de solares modestísimos que solo han sido cuna de oscuros y honrados labradores. En Francia hay alguna razón para atribuir pretensiones nobiliarias al uso de la partícula, porque casi todos los que la usan lo hacen para sostener la pretensión de que descienden de familias señoriales ó *príncipes*, como ellos dicen; pero en España se usa sin tales pretensiones. ¿Qué pretensiones aristocráticas se pueden echar en cara por el uso de la partícula á los que se apellidan, por ejemplo, Fulano de Goicohechea (casa de arriba), Fulano de Aránsolo (heredad del cirolar), Fulano de Amaga (sitio donde con frecuencia hay piedras), Fulano de Olalde (cerca de la ferrería), etc.? Aquí no hay mas pretensión que una muy lógica, muy legítima, muy laudable, casi muy santa, que es la de conservar la tradición de la familia y la memoria de su honrado y modesto origen.

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao, 1866.

EN LAS MÁRGENES DEL GUADALQUIVIR.

Era la tarde: trasponiendo el monte
El sol sus tibios rayos recogía,
Y de rosada luz el horizonte
En espirantes ráfagas teñía.

La brisa murmurando en la espesura
Mansa vagaba de suspiros llena,
El ruiseñor cantando su ventura
Daba al aire la voz dulce y serena.

Y allá en la margen del undoso río
Que por la verde alfombra se dilata,
Ténue vapor exhala el centro frío
Que vuelve á descender lluvia de plata.

Solo yo en tanto en la feraz llanura,
Fijos los ojos en la excelsa cumbre
De admiración sublime frente pura,
Contemplaba del sol la eterna lumbre.

Álzase entonces en ilusión divina
Á la etérea región el pensamiento,
Y la beldad que adoro peregrina
Fúlgida cruza el ancho firmamento.

Trémulo el lábio, incierta la mirada
Y el pecho ardiente de entusiasmo henchido,
Así, turbando el aura sosegada
Exclamé con acento dolorido:

«Encanto de mi sér, cándida estrella
Cuya nitida luz mis pasos guía,
Púdica flor, que misteriosa y bella
Tornas mi duelo en célica alegría.

»Ardo en llama de amor inextinguible,
Y dó quiera que voy tu imagen miro,
Eco del corazón tierno y sensible
Responda tu suspiro á mi suspiro:

»Mira piadosa el anhelar doliente
Que en amoroso afán agita el alma,
Y acogiendo mi súplica ferviente
Vuelve á mi pecho la perdida calma.»

Oyó atenta la hermosa, y ya movía
El dulce lábio cuando blanca nube
Ocultóla á mis ojos: muere el día
Y ella á la cumbre de los Cielos sube.

FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.

LA HERMOSURA DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

Yo sé cuanto influye la música sobre nuestra organización, continuó el doctor; mil veces he tratado de hacer sobre mi pupila el ensayo, y nunca he podido conseguirlo; pues ni mi mujer ni yo somos músicos, ni ha sido posible hacer que consienta en recibir una lección de las personas de fuera; huye á su vista como del diablo.

Ahora recobro la esperanza de lograr algo por ese medio; dicen que la música domestica las fieras, vamos á ver si vuestro laúd y vuestro canto ejercen sobre Matilde una influencia tan poderosa como saludable. ¿Me prometeis vuestra cooperación?

—Con toda mi alma, disponed de mí como gustéis.

—Seguro estaba de obtener una respuesta favorable, pero ya que voy á teneros por colega en esa cura que ambos nos proponemos hacer, justo será que os informe del origen de la enfermedad moral que tratamos de combatir.

Oid, pues, en resumen la historia de Matilde.

IV.

Creo que ya os hemos dicho que Matilde al nacer perdió á su madre, y que su padre, medio loco de dolor, tomó el partido de abandonar estos sitios, acaso para no volver á ellos.

Valence era el amigo de mis primeros ños; confiome antes de partir la tutela de su hija y la administracion de sus bienes; pero yo entonces no me habia casado todavía, ni mis estudios y ocupaciones me permitian entregarme á los cuidados que reclama una criatura de pocos dias. Madama de Adhemar, hermana de mi amigo, habitaba en este pais; era madre, prometió á su hermano que cuidaría de su sobrina lo mismo que de su propia hija, que solo la llevaba poco mas de un año: las criaré como dos hermanitas y creerán que lo son, habia dicho Mad. de Adhemar, y su hermano se marchó persuadido de que su hija tendria una segunda madre. Madm. de Adhemar era rica, no obstante, su hermano quiso donarla una mitad de la renta de sus posesiones, y ella no tuvo inconveniente alguno en aceptarla, como tampoco en irse á vivir al castillo de su hermano, para estar siempre á la mira de Matilde. El castillo es una morada espléndida y sumamente deliciosa, por causa de sus magníficos jardines y parques.

Allí creció Matilde, á quien yo tenia encargo de visitar una vez á la semana; su padre al partir me lo habia recomendado, prometiendo escribir á menudo; pero han pasado los meses y los años, y á estas horas no sabemos que ha sido de él.

Su hija se criaba muy hermosa, mucho mas hermosa que su prima; era jovial, amable, franca, pero ya en sus negros ojos y en sus bien delineadas facciones se notaba la espresion de un alma enérgica y ardiente; lo que sentia lo espresaba con una vivacidad que me alarmaba. Su tia, mujer coqueta y frívola en extremo, reíase de aquella exaltacion infantil, y llamábala su pequeña entusiasta; pero yo no me reía, porque abrigaba la conviccion de que Madama de Adhemar no era la directora mas á propósito para una criatura del carácter de su sobrina. ¿Mas cómo decírselo? cómo solicitar que Matilde pasára desde el castillo Montbri-son á mi modesta casita? Y no obstante, á mi modo de ver aquella niña hubiera estado mejor bajo la influencia de mi esposa. Ya la conoceis; su bondad, su dulzura hubiera templado desde un principio el fuego de las nacientes pasiones que se divertian en escitar en vez de calmarlas. Pero faltábanos un pretexto. Mad. de Adhemar entonces cumplia el pacto fraternal: las dos niñas eran tratadas de igual modo, hasta en los mas pequeños detalles de la vida. En cuanto á Mr. de Adhemar, hombre nulo y dominado por su mujer, mostrábase tan indiferente con su hija, como con la sobrina. En la temporada de baños veníase á Mont-Dor, y todo lo demás del tiempo lo pasaba cazando y recorriendo las posesiones de sus vecinos. Así trascurrieron diez años en una calma profunda; un dia que Madm. de Adhemar no estaba en el castillo, riñeron las dos primas por una bagatela; si Matilde se mostró arrebatada, su prima en cambio mostróse desdeñosa y altanera; su mal corazon la impelia continua-

mente á rebajar á Matilde, haciéndola sentir la diferencia que habia entre las dos.

—Tú eres una huérfana, solia decirla con tanta necedad como dureza y arrogancia.

—Pero estoy en mi casa, respondió aquel dia la pobre niña exasperada; tu madre, gracias á la generosidad de mi padre, goza de la mitad de mis rentas; me parece que no estaria de más el que se me tratase con alguna consideracion; la huérfana es aquí la dueña de la casa en ausencia de su padre.

Paulina contó á su manera el altercado; Matilde fué severamente reprendida y castigada. Madm. de Adhemar juzgó necesario domar su génio rebelde y cada dia mas difícil de gobernar, porque todos habian contribuido á irritarle; todos iban y venian con chismes á Madm. de Adhemar, contándola las palabras de Matilde, y glosándolas de modo que pareciesen mucho mas irreverentes ó maliciosas.

La pobre niña era mirada como una criatura sin padres, y por consiguiente falta de apoyo. Su tia, mujer rica y generosa, se habia dejado decir que pensaba comprar á su sobrina la mitad de la posesion, á fin de ser absoluta dueña del castillo y sus cercanías, y los arrendadores arrimábanse, como se suele decir, al sol que mas calienta. En cuanto á los criados, inútil es decir que entre la huérfana y la hija de sus amos optaron por la última. El aya misma prefirió estar bien con la rica heredera, protegida por el amor de sus deudos y la presencia de sus padres. La pobre Matilde pagó su baladronada con un encierro de ocho dias, en que ayunó á pan y agua.

Yo estaba ausente, y mi mujer, detenida en cama por una grave indisposicion, no supo nada de lo que pasó en el castillo, al cual fuí apenas regresé al lado de mi mujer y ésta se halló fuera de todo peligro.

Entonces supe que Paulina y Matilde habian sido á un tiempo atacadas por la viruela. Yo habia tenido mucho empeño en vacunarlas; pero Madm. de Adhemar, aferrada en sus preocupaciones, se opuso con tal obstinacion, que no me quedó mas partido que callar y compadecer los efectos de la ignorancia.

Subí al cuarto de las enfermas. Paulina casi no tenia calentura, y apenas se le notaban algunos granos por el cuerpo: la cara estaba limpia del todo.

Ora fuese que las escenas violentas que precedieron á la invasion del mal hubiesen inflamado la sangre de Matilde, ora que la enfermedad se cebó en ella con mas fuerza, lo cierto es que la pobre niña estuvo muchos dias á las puertas del sepulcro; pude salvar su vida, pero ví con dolor que, su belleza se habia perdido para siempre: la de Paulina no sufrió el mas pequeño menoscabo.

El cariño entre la tia y la sobrina se habian resfriado de tal modo, que ni señales quedaban durante su larga convalecencia; la pobre niña pudo convencerse de que á regañadientes se la soportaba en el castillo de su padre.

Demasiado altiva para confesarlo, ni á mí mismo se quejó, sin duda temiendo que no la diera la razon, de modo que como suele decirse, tragaba la saliva y devoraba los desaires, que hacian hervir su sangre á cada momento. Así fué amasando hiel sobre hiel, sin que supiéramos las injusticias y malos procederes de su familia.

—¡Pobre Matilde! dijo Enriqueta suspirando y con los ojos arrasados en lágrimas.

—Decís bien. ¡Pobre Matilde! bien digna de lástima por cierto, continuó diciendo Montreal, y todo por su falta de confianza en el que tantas pruebas le había dado de su cariño; quejándose delante de los criados, á quienes les faltaba tiempo para ir con el chisme á su tía, y delante de mí se callaba.

Le habían dado á conocer la importancia que da el mundo á la belleza física; no era Madm. de Adhemar mujer que desdenara esa grande ventaja; mostrábase tan orgullosa de la hermosura de Paulina, que la pobre Matilde debía sentir cien veces mas la pérdida de la suya.

Paulina por otra parte nunca perdía la ocasión de recordársela y hacer aspavientos acerca de los estragos que habían hecho las viruelas en el rostro de su prima.

Mil veces al día se hablaba en torno suyo de que la una se había quedado hecha un monstruo y la otra estaba cada día mas hermosa. Matilde, á la vez ofendida y humillada, sentía el aguijón del odio y de la envidia: una horrible tempestad íbase formando en el corazón de la desventurada. El aturdimiento, por no decir la crueldad de su tía, la hizo estallar con una violencia que puso en peligro su vida.

Antes de la invasión de las viruelas, Madm. de Adhemar tenía proyectado llevar á las niñas á París, y permanecer allí algunos años para completar su educación. Este proyecto fué acogido por Matilde con entusiasmo; después de la enfermedad, bien comprendió que no debía prometerse tantos placeres como había soñado; mas por nada en el mundo hubiera renunciado á ver á París, de quien todos contaban maravillas y grandezas.

Un día Madm. de Adhemar me invitó á ir al castillo para arreglar conmigo algunos asuntos relativos al proyectado viaje. Yo fui dando un gran rodeo, que bien á pesar mío, dió lugar á una escena que acaso hubiera evitado mi pronta llegada. Supe después por dos personas que la presenciaron, que Matilde al oír que su tía trataba del viaje á la capital, y se prometía gozar con su hija de las diversiones de París, comprendió que no pensaba en llevarla consigo, y preguntóla porqué razón la excluía del viaje, privándola de los placeres y diversiones que tenía derecho á compartir con su hija.

A estas preguntas hechas con un acento de indignación mal reprimida, contestó la tía con una sonrisa burlona. Mírate al espejo, dijo, y mira la cara de tu prima. ¿Te parece que la mamá de una niña tan linda debe apresurarse á mostrar á todo París en la persona de su sobrina, que la belleza no es un privilegio hereditario en su familia? Esta salida imprudente hizo á Matilde prorumpir en amargos sollozos, y por último excitó su cólera, de manera que cuando yo llegué la hallé presa de una horrible convulsión.

Su tía no tuvo la franqueza de confesar el motivo de aquel ataque repentino, pero en cambio se quejó con acritud del carácter violento de su sobrina: me dijo que no la era posible soportarla mas tiempo, y rogóme que dispusiera el modo de ponerla en un colegio, sino quería tenerla en mi casa.

—¡Oh, llevadme, llevadme por Dios! exclamó Matilde al oírlo.

Colocarla bajo la protección de mi esposa era mi mayor deseo. Yo quería mucho á Matilde, la he visto nacer, es hija de mi mejor amigo, habíale prometido velar por ella. Véala mal dirigida, y creí de mi deber el reparar el daño en lo posible.

Matilde tardó mucho en reponerse de tan violenta sacudida; bien pronto adquirí el conocimiento de su flaqueza, no por su confesión, sino por el efecto doloroso que la causaba la vista de un espejo; para las enfermedades del alma la oposición es un veneno, yo hice quitar de la vista los espejos de mi casa.

—¡Vé ahí explicada una rareza que me chocaba! exclamó Enriqueta; parecíame cosa extraña el que no hubiera espejos en una casa bien amueblada, y en la que todo respira un gusto exquisito.

—Sí, querida Enriqueta, en el estado que vino Matilde á nuestra casa fuerza era ceder á sus caprichos antes de apelar á la razón; por esa misma condescendencia la he permitido vivir en el aislamiento, que parece agrada; jamás quiere salir de casa, y para ir á la iglesia en los días festivos se tapa la cara con un tupido velo; solo pasea por los sitios mas oscuros y retirados, no recibe á nadie, y mucho menos á las personas jóvenes; aborrece las caras bonitas, y casi todas se lo parecen, mientras ella se tiene por un monstruo de fealdad.

En los primeros meses tuvo varios accesos de frenesí; su razón se oscurecía siempre que veía una mujer bien parecida; la desgraciada me causaba una compasión que tal vez me obligó á llevar la indulgencia un poco mas allá de lo regular, siempre con la esperanza de que su razón se iría fortificando al mismo tiempo que la salud. ¡Vana quimera, los años van corriendo sin que nuestros afanes hayan obtenido feliz resultado! He probado interesarla é instruir-la por medio de la lectura, he tratado de conmovéla con la vista de los desgraciados, y darle á conocer los goces de la beneficencia. Todo ha sido inútil; he descubierto en ella, bien á pesar mío, el afán del oro, una codicia impropia de la juventud, cuyo gusto es disipar; la única cosa que parece causarla una positiva satisfacción es la idea de que posee bienes de fortuna; por aumentarlos se priva de una multitud de bagatelas que podrían causarla placer; el suyo consiste en decir *soy rica*, y sin embargo vengo de parte suya, querida Enriqueta. Matilde me ha encargado que os ofrezca en su nombre la mitad de la suma que mensualmente percibe para sus gastos particulares, y que desde ahora quiere dividir con vos.

—¿Y la acusáis de avaricia?

—Es una cosa extraña en Matilde.... nunca se había mostrado generosa, y hasta rechazaba con aspereza y rigor á los desgraciados; incomodábase si mi mujer ó yo compadecíamos otros males que los suyos; tenía envidia hasta de las personas que nos eran mas indiferentes. Vuestro dolor, vuestras lágrimas han obrado en ella una revolución extraña: lejos de recelar que nos interese por vos mas que por ella, no cesa de alabaros, de decirnos que sois una criatura excelente.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

TEATROS.

Esta agitacion constante de la vida de Madrid, este no saberse cómo se pasa el tiempo, esta multitud de atenciones que rodean hasta los individuos mas insignificantes, han hecho que nosotros, que estamos en dicha clase, no cumplamos nuestro deber de cronistas en la pasada semana, dejando á las lectoras sin el debido conocimiento de los sucesos. A nosotros por lo tanto hay que imputar semejante vacío, y de ninguna manera al galante CORREO, siempre deseoso de cumplir con la exactitud que tradicionalmente le es característica.

Veamos qué acontecimientos teatrales se han verificado desde nuestra última reseña.

Ya anunciamos que en el Circo acababa de estrenarse, el día antes del en que lo decíamos, una comedia titulada *La paja en el ojo ajeno*, original, en tres actos y en verso. Aunque de paso, indicábamos que merecía buen éxito y que lo había obtenido, elogiando además como se debía á la direccion y á los actores del expresado coliseo por la frecuencia de los estrenos en él realizados y por el esmero con que se ponen en escena las obras. Hoy nos toca ampliar semejantes noticias, teniendo en cuenta que la produccion y su desempeño lo requieren.

La paja en el ojo ajeno es una comedia del señor Coupinoy, y con esto se explican todas las circunstancias que la caracterizan. Este jóven autor es un poeta de claro talento, de imaginacion poco exaltada, de buen gusto literario. En sus producciones busca la sencillez, y aunque trate de desenvolver un pensamiento filosófico, siempre escoge para llevarlo á efecto una manera fácil, graciosa, familiar, y humilde de tono. En sus asuntos y en sus planes no deben buscarse situaciones atrevidas, rasgos apasionados, caracteres extraordinarios, sino por el contrario, escenas tranquilas, expresion blanda, figuras conocidas. Su estilo no está lleno de bellezas y defectos, no es un país pintoresco y accidentado, pero en cambio aparece discreta y constantemente correcto, y se asemeja á una de esas vegas verdes y floridas que se extienden á la orilla de algunos rios.

Estas consideraciones generales pueden aplicarse á *La paja en el ojo ajeno*, obra apreciable, cuyo asunto se transparenta en el título, y cuyo sencillo argumento no creemos oportuno ni necesario relatar. Su vida de no larga duracion (pues si mal no recordamos sólo ha alcanzado doce ó catorce días) demuestra que no ha sorprendido bastantemente la atencion del público por la importancia de su fondo ó por la novedad y brillantez de su forma: los aplausos que le ha tributado el público que ha asistido á la representacion, revelaron el gusto y tranquila complacencia con que la presenciaba. *La paja en el ojo ajeno* es una comedia sencilla, simpática y bien escrita. Merece ser vista.

En cuanto al desempeño de los actores diremos igualmente que la parte relativa á su trabajo ningun rasgo tuvo de extraordinario y poco comun, pero que salió armonioso en el conjunto, ocupando cada uno de ellos con discrecion

el puesto que le correspondia. Fué su ejecucion adecuada al tono de la obra, y por lo tanto buena artísticamente considerada, aunque no de grandes efectos. Tal es la idea que acerca de la misma guardamos por el recuerdo.

Una comedia en cuatro actos y en verso acaba de proporcionar en el PRINCIPE al señor Larra un legitimo triunfo. Denomínase esta obra *¡Bienaventurados los que lloran!* Como creemos que está destinada á gozar de larga vida, no queremos quitar á nuestras lectoras el placer de verla en escena con la inoportuna narracion del argumento. Sólo diremos en cambio nuestra opinion acerca de ella. *¡Bienaventurados los que lloran!* es una produccion basada en un buen pensamiento que revela el título, pero no con total acierto desarrollado, puesto que en ella resulta con demasiada uniformidad que sus personajes malos ó defectuosos son los ricos, y que los pobres son los buenos y perfectos, error de apreciacion cuya gravedad no se puede desconocer, porque entre otras cosas no hay en la sociedad semejante clasificacion rigurosa, aunque se encuentren muchos ejemplos en el expresado sentido. Comedia denomina el autor á su produccion, y más que tono de tal parece tenerlo de drama. Las escenas interesantes abundan en ella, y no escasean los pensamientos vigorosos y varoniles. Su forma literaria es á veces incorrecta y desaliñada, pero en cambio la embellecen efectos atrevidos, como un cuadro de diseño débil y enérgico claro-oscuro. No faltan en el transcurso de la accion inverosimilitudes notables tanto en lo que se refiere á las escenas que copia de la vida social, como en lo que concierne á la verdad humana de algunos caracteres, pero se pasa por todo en gracia del enérgico toque con que algunos de ellos están dibujados. El Marqués, el doctor Alvarado y Fernando sobresalen entre todos por los rasgos distintivos de sus respectivas fisonomias, apareciendo dadas en algunas de ellas pinceladas verdaderamente acertadas.

Quisiéramos dar alguna muestra de la versificación, pero no tenemos espacio suficiente para ello, á pesar de haber señalado en la obra varios pasajes que pudieran al efecto transcribirse. Sin embargo, no podemos menos de reproducir siquiera un sólo trozo, no como mejor, sino como á propósito para nuestro deseo. Fernando, jóven vehemente y pintor laureado habla así á Clara acerca de su amor, en la escena IV del acto tercero:

Pide en buen hora un amor
eterno é inextinguible,
y una firmeza imposible,
y una adoracion mayor.

Pide cuanto encierra el mundo
de amor, en el desvario,
y verás que áun es el mio
más inmenso y más profundo!

Amor en las horas crueles
germina del desaliento :
amor en mi pensamiento
se transmite á mis pinceles.

Amor en la santa idea
que se desarrolla y crece ,
en mi mano que obedece
y en mi inspiracion que crea !

En la incierta y vaga tinta
del lienzo, que nadie nota,
para mí, rápida brota
tu imagen clara y distinta....

Nadie al verme se da cuenta
de mi vista extraviada ,
y es que está allí tu mirada
que me sonríe y me alienta.

Sólo á tí mi vista abarca,
dándote culto constante ,

como á B  atriz el Dante ,
y como    Laura el Petrarca !....
Y te adoro de tal suerte ,
que sólo entiendo que existo....
por el bien de haberte visto ,
   la esperanza de verte.

La ejecucion de *Bienaventurados los que lloran* ha sido notable porque en ella han tomado parte las señoras Lamadrid y Berrobiano , y los señores Romea , Valero y Pizarroso, acompañándoles además la señora Orgaz y los señores Morales y Pardiñas. Sin embargo de tan notable reunion, se ha echado de ver en ella la diferencia de estilos y de criterio artístico, alterándose en cierto modo por este concepto la armonia del conjunto.

En la próxima revista hablaremos de la inauguracion del teatro de Rossini con *Roberto il diavolo*.

DIEGO DE RIVERA.

MODAS.

Explicacion del Figurin , núm. 816 bis.

NUM. 1. *Cuerpo* de muselina moteada bullonado por delante y por detrás, separados los bullones por entredoses de guipure , adornando uno mas ancho el centro, cuello y bajo de la manga.

NUM. 2. *Cofia Pamela*, de organd  , guarnecida de guipure : un lazo al lado de cinta, igual    las bridas, la completa.

NUM. 3. *Cofia Lamballe*, de encaje de Cluny, adornada de guipures y cintas color de oro, que forman cocas , de donde descienden las bridas.

NUM. 4. *Cuerpo* de muselina lisa, escotado, con camiseta de muselina moteada , y berta semejante orillada de puntilla, y adornadas ambas de cinta grana : la berta queda separada de adelante , dejando ver las cintas perpendiculares, que adornan el cuerpo hasta el talle. Manga larga con vuelta figurada por cinta y puntillas.

NUM. 5. *Cuello y manga* de nanzouk guarnecidos de encaje, punto de Alen  on.

NUM. 6. *Otros idem* de percal, orillados de cinta negra sembrada de cuentas blancas.

NUM. 7. *Cuerpo* de muselina, plegadito y cubierto en su parte superior de una esclavina, que sigue la forma del cuello de encaje, y está compuesta de dos bullones separados por cinta estrecha azul, y un encaje al canto: manga

adornada en el bajo por entredos de encaje, y hombrera con cintas azules.

NUM. 8. *Cuello y manga* de lienzo de Irlanda, con encaje de Cluny al canto.

NUM. 9. *Otros idem*, de lienzo tambien , y patas cruzadas sostenidas por un boton.

AURORA PEREZ MIRON.

MÁXIMAS.

La muerte y la enfermedad tienen entre nosotros cinco agentes    ministros sumamente activos y formidables : tales son la intemperancia, la pereza, la cólera, la envidia y el desaseo    falta de limpieza.

Los desahogos de la amistad se contienen delante de un testigo, sea cual fuere. Hay mil secretos que deben saber tres amigos, y que solo pueden decirse entre dos.

Dos cosas se van como el humo : el dinero y el tiempo. El dinero puede recobrase, mas el tiempo perdido no puede jams   ser útil al que lo malgastó.

Por lo no firmado : el Director

y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.